

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS  
EXACTAS, FÍSICAS Y NATURALES

---

# DISCURSO

LEÍDO EN EL ACTO DE SU RECEPCIÓN

POR EL EXCMO. SEÑOR

D. LUIS JESÚS FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA Y SALABERT

DUQUE DE MEDINACELI.

Y

# CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. SEÑOR

D. JOSÉ RODRÍGUEZ CARRACIDO

EL DÍA 22 DE JUNIO DE 1927



BLASS, S. A. TIPOGRAFICA

Núñez de Balboa, 21 - Madrid

1927

# DISCURSO

DEL EXCMO. SEÑOR

D. LUIS JESÚS FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA Y SALABERT

DUQUE DE MEDINACELI

### SEÑORES ACADÉMICOS:

Entre las distinciones que, por designio providencial, depara la existencia, no considero ninguna superior a la que, sin merecerla, me habéis otorgado señalándome un puesto entre vosotros. Me abrumba esta honra por lo desmedida y al mismo tiempo me obliga a sentir y expresar mi más profundo agradecimiento, no sólo por lo que ella es, sino también porque me doy cuenta de la benevolencia extremada con que, para otorgarla, habéis suplido méritos que faltaban en mí y habéis hallado pretexto, ya que no justificación, a vuestra liberalidad, en aficiones vehementes, sí, pero muy modestas, que he podido tener a observar y vivir algunos aspectos de la Naturaleza.

La confusión en que esto me pone se aumenta y concreta, por decirlo así, cuando pienso que vuestra decisión me llama a ocupar el puesto de aquel ilustre académico don Domingo de Orueta, gloria de las ciencias españolas. Al lado de sus sapientísimas investigaciones geológicas y petrográficas y de sus estudios sobre la luz y el microscopio—trabajos cuyos excepcionales méritos nadie mejor que vosotros conoce y puede apreciar—, desplegó también grandes actividades prácticas en empresas que dirigió en su doble condición de ingeniero y de industrial; todo lo cual sirvió a componer aquella relevante y característica

figura suya, que es la del hombre cuyo pensamiento establece contacto directo con la realidad y con la acción, y cuya actividad está iluminada por la luz de la mente.

No como aquel que cumple fríamente un deber ritual, sino con respeto y admiración tanto más verdaderos cuanto más lejos me siento de poder emular las eximias cualidades científicas que adornaban al señor Orueta, quiero dedicarle este breve pero sentido recuerdo. Que su nombre insigne, asociado a estas páginas, sirva para enaltecerlas y para moveros a vosotros a perdonar lo que pudiese haber de fatigoso en el tema que voy a desarrollar esta tarde acerca de las

## AVES DE RAPIÑA EN LA CETRERÍA

La cetrería es el arte de cazar valiéndose de aves de rapiña. También nos enseña cómo se las captura y las adiestra para cazar. Son aves de rapiña o rapaces aquellas cuya base de alimentación es esencial y principalmente carnívora. Están dotadas por la Naturaleza de un pico ganchudo y poderoso y de unas patas provistas de aceradas uñas llamadas garras, instrumentos con los cuales despedazan con facilidad la carne que les sirve de sustento. Además, su vuelo resistente y vigoroso les permite no sólo recorrer grandes distancias en busca de su presa, sino también alcanzar una gran velocidad en un momento dado para apoderarse de ella.

Conocida es la división de las aves de rapiña en nocturnas y diurnas. Entre las primeras se cuentan las distintas especies de buhos, mochuelos, cárabos, lechuzas, etc.

Las rapaces diurnas se dividen en dos grandes grupos: vultúridas o buitres y falcónidas; entre estas últimas se comprenden: las águilas, halcones, milanos, gavilanes, etc.

Las vultúridas o buitres sólo se alimentan de carne muerta y en descomposición muchas veces, por lo cual, así como por la pesadez de su vuelo y su corpulencia, nunca se intentó utilizarlas en cetrería.

Las falcónidas en general se alimentan de presas vivas que ellas mismas capturan. Es, pues, natural que entre las aves de esta familia se eligieran las que se habían de emplear para la caza, ejercicio innato e instintivo en ellas y del cual viven. Sin embargo de esto, hay algunas especies de falcónidas que por la lentitud de su vuelo, por su falta de acometividad y valentía, o por otras causas, no han prestado para este fin servicio alguno.

Las aves de rapiña, por su estructura anatómica y consideradas desde el punto de vista del vuelo, se dividen en dos grupos muy diferentes, a saber: remadoras y veleras. Caracterizan a las primeras sus alas alargadas, puntiagudas, destinadas a batir el aire con movimientos vigorosos y frecuentes, y cuya segunda pluma es la más larga; sus ojos, de colores oscuros, y su pico, que forma como una escotadura o diente en la punta. En este grupo están comprendidos los halcones propiamente dichos, aves de alto vuelo, de señuelo o añagaza, que por su acometividad, valor y velocidad al volar han sido las más apreciadas en cetrería.

Diferéncianse las veleras por sus alas más anchas y de menor consistencia, con movimientos más lentos y menos frecuentes. Es característico en ellas ser la pluma cuarta la más larga de cada ala.

Entre las aves veleras están todas aquellas que nunca o casi nunca han servido en cetrería, como las águilas, milanos, ratoneros, aguilillas de laguna, cenizos, etc. Pero entre ellas existen dos especies que por tener poderosas garras y la facultad de lanzarse con sorprendente velocidad sobre la presa que parte ante ellas, poseen una superioridad indiscutible sobre las otras; tales son el azor y el gavi-

lán. Estas aves fueron empleadas en cetrería, aunque no para los mismos fines. Se distinguen de los halcones por tener el pico sin escotadura alguna y los ojos claros.

Ya tenemos, pues, determinadas las aves de caza, que son: las remadoras, aves de señuelo o añagaza, de alto vuelo (pues de todas estas maneras se denominan), o halcones que en sus diversas especies pertenecen al género *falco*, y las veleras, aves de puño, de bajo vuelo o azores del género *astur*, de los cuales hay dos especies: azor (*astur palumbarius*) y el gavián (*astur nisus*).

Los halconeros han denominado a estas aves de cetrería, nobles, por oposición a las que no servían para este fin, que llaman innobles. El gran naturalista Cuvier adoptó esta misma clasificación.

Estudiemos, siquiera brevemente, cada una de las aves usadas en cetrería, empezando por los halcones y acabando por los azores.

Entre los halcones más grandes están el halcón de Groenlandia o halcón blanco (*falco candicans*), el halcón de Islandia (*falco islandus*), el gerifalte (*falco cyrfalco*) y el sacre (*falco sacer*).

El halcón de Groenlandia o halcón blanco es el más apreciado en cetrería. Se pagaba por él un precio muy elevado. Mide de 60 a 65 centímetros de largo. Esta rapaz habita Groenlandia, Siberia y el extremo septentrional de América del Norte. Es sedentaria en los territorios que rodean la bahía de Hudson. El haber sido visto accidentalmente en Suecia y Escocia algunos ejemplares es, sin duda, debido a que han sido arrastrados por algún fuerte temporal. Muy cazador por instinto, persigue los ptarmigans, aves del orden de las gallináceas, del tamaño de una perdiz, que habitan aquellas latitudes, y a quienes los ataques del halcón blanco infunden tal pavor, que llegan a cavar verdaderos túneles en la nieve para estar al abrigo de sus acometidas.

Algo menor el halcón de Islandia (*falco islandus*), parece ser una especie peculiar de aquel país, pues en ningún otro sitio ha sido observado. Durante el verano habita el interior de la isla, mientras que en invierno se traslada a la costa, haciendo una guerra sin cuartel a las aves acuáticas que puede sorprender.

El gerifalte de Noruega (*falco cyrfalco*) presenta en su plumaje tonalidades más oscuras que las dos especies anteriormente descritas, y también llega a latitudes más bajas que aquéllas. Habita en Noruega, Suecia, Sajonia y Rusia septentrional.

Vive de preferencia en los acantilados de la orilla del mar, donde suelen ir a anidar millones de aves marinas. Conserva de generación en generación los mismos sitios para hacer su nido, y únicamente los individuos jóvenes se internan tierra adentro, mientras que los adultos no abandonan el litoral, salvo algunas veces en invierno, cuando van a perseguir a los ptarmigans. Se alimentan de toda clase de aves, así marinas como terrestres.

El sacre (*falco sacer*) se distingue del gerifalte por ser más claro y de color rojizo. Habita los países templados de Europa oriental y de Asia. Por tener formas alargadas vuela con gran desenvoltura, lo cual le valió el ser siempre muy justamente apreciado entre los halconeros.

El Príncipe Don Juan Manuel, sobrino del Rey Don Alfonso X *el Sabio*, de Castilla, nos dice en su libro sobre la Cetrería, que en su tiempo los mejores sacres procedían de los alrededores de Toledo, considerándose aún superiores a éstos los que se capturaban en tierra de Salamanca, ribera de Araduey y en los encinares de Mayorga y Villalpando.

El halcón blanco de Groenlandia, el de Islandia, el gerifalte y el sacre son las tres especies mayores, las más poderosas y, por consiguiente, las más apreciadas en cetrería.

El hecho de habitar regiones lejanas aumentaba las dificultades para poderse proveer de estas aves y, por tanto, su precio.

Indicadas ya sus condiciones, creo será interesante decir algo de sus proezas. Por su resistencia, acometividad y velocidad eran en los tiempos en que alcanzó su apogeo la cetrería, sus propias cazas o raleas, las de la garza real (*ardea cinerea*) y la del milano, sin que esto quiera decir que no pudieran ser destinadas a otros usos.

Para cazar garzas reales es preciso que se coloque el cazador en un sitio próximo adonde aquéllas se suelen reunir, donde se recogen de noche y donde anidan. Naturalmente se requiere que sea un terreno muy descubierto. Si se emplean halcones que aun no están muy duchos en esta caza, convendrá esperar a que vuelvan las garzas a recogerse, pues es lo más probable que regresando de comer, su vuelo sea más lento y más pesado. Es preferible no soltar las aves de caza más que a las garzas cuyo vuelo sea menos elevado, y poco a poco se irá escogiendo las que vayan más altas; de esta manera se logrará que los halcones lleguen a hacerse con su presa a todas las alturas y en cualquier momento. Los halcones, para practicar esta caza se remontan por encima de las garzas y luego se dejan caer sobre ellas, pues es sabido que siempre matan por choque y en el aire, al revés de los azores, que matan por presión, estrangulando las presas con sus poderosas garras. Para dar idea de lo interesante que era esta caza, cuentan que San Francisco de Borja, cuando aun estaba en el mundo, se imponía como voluntaria penitencia y mortificación el no mirar a los halcones cuando perseguían una garza.

Mas si la caza de la garza real estaba considerada como una de las más interesantes, por los numerosos incidentes y peripecias a que daba lugar, no le iba en zaga la del milano. Ya se sabe que el milano, del que hay dos especies,

el real y el negro, es una rapaz velera cuyo vuelo es muy poderoso, tanto por su resistencia como por la facilidad que tiene de remontarse a grandes alturas. Aunque de naturaleza cobarde, no hay que olvidar que tiene medios de defensa como su pico y sus garras, y es, además, de tamaño mayor que los halcones que se emplean para cazarle.

Según leemos en modernos tratados de cetrería ingleses, hoy en día, para poder ver esta caza, es preciso ir a la India, donde por ser abundantísimos los milanos, según comprobé yo mismo cuando estuve allí en mi viaje alrededor del mundo hace cerca de veinte años, los príncipes indígenas les cazan valiéndose del halcón sacre anteriormente descrito. En Inglaterra, en Francia y en otros países europeos, donde aun se practica la cetrería, el milano va escaseando cada vez más.

Para cazar el milano se empleaban los halcones blancos, los de Islandia, los gerifaltes y los sacres, que por ser más poderosos daban mejor resultado; pero también se usaron los halcones peregrinos, aunque, naturalmente, con menos probabilidades de éxito. Una vez señalada la presencia del milano, lo primero que se precisaba hacer era lograr que descendiera de las altas regiones donde desarrollaba su poderoso vuelo. Un hombre especialmente dispuesto para ello soltaba un buho o gran duque, a cuyas patas se había amarrado un rabo de zorro, de manera que arrastrase por el suelo, no dejando a aquél volar sino a ras de tierra y durante poco tiempo, pero el suficiente para que el milano, que como todas las rapaces diurnas sienten odio a muerte hacia los buhos y sus congéneres, descendiese desde las alturas atacándole, momento que se aprovechaba para lanzar contra él de dos a cuatro halcones de primer orden.

Era tradicional costumbre en la Corte de Francia que el Rey regalara al halconero que dirigía las cazas de milano su caballo, su bata y sus zapatillas por el primero negro

que se capturaba cada año. Pura ceremonia, pues siempre todo volvía al Rey mediante trescientos escudos que percibía el halconero.

El halcón sacre, además de usarse en la India en tiempos actuales para la caza del milano, como he dicho anteriormente, se emplea en el desierto para cazar gacelas y avutardas. Para la gacela se sueltan tres, cuatro y hasta cinco halcones. En Persia estaban enseñados a dirigir los ataques a los ojos de su presa, para lo cual se les adiestraba, habituándoles a comer ojos de animales muertos o disecados que se arrastraban a gran velocidad desde un caballo.

La caza de la avutarda da lugar a incidentes múltiples, pues es un ave que apeona a gran velocidad y necesita muchos ataques por parte de los halcones y mucho tiempo para apoderarse de ella.

Entre las especies de tamaño medio están el halcón peregrino, el lanario o alfanaque y el tagarote.

El halcón común o peregrino—ceniciento obscuro en su cabeza, cuello y parte superior; la misma entonación en la inferior, cruzada de barras grises; blanco en el pecho y de este color más ceniciento en el vientre, atravesado de bandas negruzcas—, a pesar de ser menor que los gerifaltes y halcones blancos, pues sólo mide 40 ó 50 centímetros de largo y 1 a 1,25 de ancho, y también menos poderoso que ellos, es un ave sumamente fuerte y valiente que arriesga con frecuencia su vida atacando animales más corpulentos que él y dotados de mayor fuerza.

De las aves de cetrería, la más usada era, y es aún, el halcón peregrino, por reunir para ello excepcionales condiciones. Es muy duro para el trabajo, tiene aptitud para aprender y acometividad, y ofrece la ventaja de la facilidad con que puede obtenerse en cualquiera de los países en que se desee usarle.

En el historial de un club de cetrería inglés, el Old Hawking Club, se lee que un halcón llamado Parachute, ganador del premio del Club, desde el 12 de agosto al 14 de septiembre mató 57 grouse, 76 perdices, 5 faisanes, 3 liebres y 5 animales diversos, y que otro halcón, llamado «General», perteneciente al duque de Leeds, en 1832, de 132 veces que fué soltado mató 129 piezas, de las cuales la mayoría eran perdices.

El halcón lanario se parece al sacre de la misma edad, aunque el conjunto de su colorido es más rojizo. Tiene de 40 a 54 centímetros de longitud por 1,40 de envergadura.

Se le encuentra en Grecia y todo el Norte de Africa. Es la misma ave designada en otros tiempos con el nombre de alfaneque de Túnez o halcón de Berbería. Son todos muy parecidos al halcón peregrino y propios del Africa septentrional desde Trípoli a Marruecos, donde se han usado inmemorialmente para cazar en el desierto, entre otros animales, las gacelas y avutardas, a lo que particularmente les dedicaron los árabes.

Otro halcón muy estimado en los siglos XIV y XV era el tagarote, que también procede del Norte de Africa y del Sur de España. De menor tamaño que el halcón peregrino, es una rapaz sumamente valiente que ataca a animales mucho mayores que ella.

El falco bidentatus, o halcón de las islas Azores, cuyo nombre nace, al parecer, de abundar allí estas aves, merece citarse, pues por ser un animal que no se veía con frecuencia y por las cualidades excepcionales que le adornaban, era muy estimado de los antiguos halconeros. Tiene la espalda de color pizarra; el pecho, violeta, el vientre con un arco del color castaño y los ojos claros como los de los azores y gavilanes. Como éstos, los individuos jóvenes tienen el iris amarillo claro, y los más adultos, rojo. La

mandíbula superior y el pico presenta dos dientes o escotaduras en vez de una, como sucede a los halcones.

Algunos les consideran como una especie de transición entre éstos y los azores, pues poseen propiedades comunes a ambos grupos.

También existían en las Indias occidentales de donde fueron traídos en los galeones españoles. Al llegar a la Península, eran vendidos en 300 y 400 escudos cada uno. Parece inexplicable que desde principios del siglo xvii no hayan vuelto a importarse más aves de esta clase. De la alta estima en que se las tenía da una idea el hecho de que cuando María de Médicis vino de Italia a Francia para casarse con el Rey Enrique IV, iba precedida de un oficial de su casa que llevaba uno de estos halcones sobre el puño.

Entre las especies pequeñas están el alcotán, el esmerrejón y el cernícalo. El alcotán (*Falco subbuteo*) es una de las aves de rapiña de menor tamaño; mide sólo 33 centímetros de largo y unos 80 centímetros de envergadura. Su plumaje es muy parecido al del halcón peregrino, del cual parece una reproducción en miniatura; pero sus alas son proporcionalmente más largas y las manchas oscuras del vientre están en el sentido longitudinal, en vez de ser transversales como en aquéllos.

Cría generalmente en nidos vacíos de cuervos, urracas y otras aves, sin tomarse el trabajo de construir uno para sí.

Tiene una rapidez de vuelo extraordinaria y es capaz de capturar aves tan veloces como las golondrinas y vencejos; pero también es insectívoro y se alimenta muchas veces de libélulas, coleópteros, etc. Se le adiestra con facilidad y acude bien al señuelo, pero considerado como ave de caza, a la que se le ha dedicado, para la de alondras, codornices, agachadizas, etc., no ha sido muy apreciado, pues a pesar de su vuelo rápido y ágil carece de tenacidad y perseverancia.

Se le encuentra en toda Europa y Norte de Africa; en Asia, hasta la península de Kamtchatka, y en invierno, en China y en la India.

El esmerejón (*falco litofalco*) viene a ser del mismo tamaño que el alcotán y tiene análoga distribución geográfica. Sus alas son algo más cortas que las del alcotán. Su color, ceniciento azulado por encima, más obscuro en la cabeza y en la cola; rojizo manchado de negro en la parte ulterior del cuello y también rojizo en el vientre. Tiene pico azulado, patas amarillas y ojos castaños. De este color, pero más uniforme, es todo el plumaje de la hembra.

En el Norte de Inglaterra, Gales y Escocia, a veces hace su nido en el suelo, entre los brezos, y a veces en las rocas, aprovechando, como el alcotán, el nido abandonado de otra ave. Raramente se posa sobre los árboles; casi siempre lo hace en peñas o piedras, por lo que ha sido denominado *halcón de roca o de piedra*, «*stone falcon*» en inglés, y científicamente, del vocablo griego de *lito falco*.

Halcón de los más valientes en relación a su tamaño, era por esto más apreciado que el alcotán, y se le usaba con más éxito que aquél para cazar aves proporcionadas a sus dimensiones, tales como las alondras, codornices, etc. Don Pero López de Ayala dice en su libro sobre las aves de caza que Don Felipe, hijo del rey de Francia, Duque de Borgoña y conde de Flandes, cobró más de 200 perdices en un invierno, con un solo esmerejón que le prestó la Duquesa de Bretaña.

En estado salvaje devora toda clase de pajarillos y también aves de ribera, como agachadizas, andarríos, etc.

El cernícalo (*falco tinnunculus*), rapaz también de reducidas dimensiones, es sumamente común por alimentarse de roedores, topos y otros animales nocivos al campo, y sólo muy rara vez de pajarillos; para la cetrería era muy poco empleado por su falta de valor y tenacidad, y úni-

camente en tiempo de Luis XIII, en que tanta habilidad se tenía para adiestrar aves de caza, se empleó alguna vez en capturar murciélagos.

Una vez hecha esta breve reseña de las principales especies de halcones que se usaron en cetrería, procede; en primer lugar decir algo de la captura, cría y educación de estas aves de caza, para después hablar de los azores. El conjunto de reglas y consejos para llevar a cabo con éxito esta empresa, ocupa extensos capítulos en los libros de cetrería antiguos y modernos. Veamos los nombres técnicos que se dan a los halcones según la edad y el sexo.

A los halcones cogidos jóvenes, antes de que empiecen a comer solos, es decir, a los que han sido capturados en el nido, se les llama niegos; a los cogidos algo mayores, pero antes de la primera muda, soros; a los que ya han mudado, pero aun son jóvenes, halcones de guarida, y a los adultos o viejos, hurraños o zahareños.

La palabra halcón se refiere exclusivamente a la hembra, pues en las aves de rapiña es siempre mayor y más poderosa, y, *por lo tanto, más apreciada, empleándose sólo ella en algunas especies pequeñas.*

Al macho se le designa con el nombre de torzuelo; pudiera esta palabra tener el mismo origen etimológico que la francesa «tiercelet» y la inglesa «tiercel»; éstas dan a entender que es un tercio más pequeño que la hembra.

Da idea de la superioridad habitual de la hembra, el hecho de que se considerase como excepcional y extraordinario que un célebre halconero, llamado Peter Fleming, batiese con un torzuelo en una faena de caza a un halcón hembra perteneciente al Rey Jacobo IV de Escocia, y que el Soberano, extrañado ante tan inusitado hecho, le regalase un capirote de halcón adornado de pedrerías, como recuerdo de la hazaña realizada por la rapaz.

Dos maneras hay de procurarse halcones: una es co-

gerlos en el nido; éstos son los halcones llamados niegos; y otra, capturarlos adultos o zahareños. Lo más importante en el primer caso es que no se cojan cuando aun son demasiado jóvenes, pues lo más probable es que mueran.

Donde se ha llevado a cabo la captura de halcones con más éxito es en Holanda, en la provincia de Brabante del Sur, cerca de un pueblo llamado Valkenswaarde, situado en mitad de una gran landa descubierta, donde en otoño se reúne una gran cantidad de aves de paso, poderoso atractivo para los halcones. Desde tiempo inmemorial, seguramente desde la muy remota Edad Media, se han capturado y adiestrado allí halcones para toda Europa. Cuando más en auge estuvo la cetrería, acudían allí emisarios de todos los Principados, Ducados y Soberanías con el fin de comprar para sus amos y señores los halcones capturados en la temporada.

Durante muchas generaciones, a los individuos de la familia holandesa Mollen se les ha distinguido entre los más hábiles, tanto para la captura cuanto para el adiestramiento de halcones; pero conviene advertir que los halconeros holandeses solamente supieron enseñar halcones zahareños o adultos, pues siendo Holanda país muy llano en la costa y el interior, era imposible cogerles en el nido, ya que estas aves solamente los construyen en los acantilados.

Para capturar halcones adultos, en primer lugar debe construirse una choza de madera que haga el menor viso posible. Evidentemente, la mejor choza será aquella que haya sido cavada en el suelo y cuyo tejado en forma de bóveda se cubra naturalmente de césped.

La disposición de la choza y el modo de operar son como sigue:

La entrada de aquélla debe practicarse al Suroeste, y la ventana o tronera por donde observa y actúa el caza-

dor, al Noroeste. A unos 40 metros delante de esa tronera ha de colocarse una red en arco que, mediante una cuerda, pueda ser manejada desde la choza. Además de la red se requieren otros diversos artefactos con los que debe maniobrar el apesador. Omito su descripción porque, además de no ser indispensable, exigiría entrar en prolijidad de pormenores que alargarían esta parte fatigosamente. Baste decir que el cazador, merced a esos artefactos y dispositivos, hace intervenir a otras tres aves, cuyo auxilio es indispensable para la caza de la rapaz: un alcaudón, una paloma que hace de cimbel y otra de cebo.

Como se sabe, el alcaudón, ave de color gris y negro, también llamado desollador, es quizá el pájaro que más teme al halcón y más le odia; es además capaz de denunciar su presencia a una distancia y con una seguridad que no puede alcanzar el hombre aunque esté provisto de los mejores gemelos prismáticos. El alcaudón, pues, que se halla puesto en una percha no lejos de la choza, en cuanto divisa a su enemigo en la lejanía, empieza a agitarse y chillar, y lo sigue haciendo con más violencia conforme la rapaz se aproxima. El cazador, así avisado, se guarece en la choza, y usando uno de aquellos ingeniosos dispositivos a que antes yo aludía, hace entrar en funciones la paloma que actúa como cimbel, atrayendo a la rapaz. Cuando ésta se halla ya sobre la red, el cazador, dando un tirón seco de una cuerda que forma parte de los artefactos indicados, saca violentamente de su refugio a la otra paloma que hará de cebo. Se arroja el halcón sobre ella y la aprisiona; pero el cazador, que a su vez tiene sujeta a la paloma de cebo mediante la cuerda antedicha, sigue tirando de ella y arrastra así juntamente con la víctima a su matador, hasta el centro de la red en arco. Tira entonces de otra cuerda que acciona sobre la red, ciérrase ésta y el halcón queda capturado.

### **Cómo se adiestran los halcones.**

Al hablar de la manera de hacerlo conviene distinguir entre los halcones niegos o soros, es decir, cogidos en el nido, y los adultos, llamados en términos técnicos hurraños o zahareños.

La diferencia esencial estriba en que los primeros, no habiendo conocido, por decirlo así, la vida en estado salvaje, están desprovistos de ese temor al hombre que el instinto dicta a los animales criados en libertad; son, pues, más dóciles y manejables, y por esto también más fáciles de adiestrar. En cambio, carecen de esa acometividad y tenacidad en la persecución de su presa propias de los adultos, obligados diariamente al ejercicio de la caza para alimentarse.

Cuando han llegado a su destino los halcones jóvenes cogidos en el nido, se les coloca en otro artificial; se les da carne y, unos días después, pajaritos, conejos, ratas o ardiillas recién muertos. Toda la comida debe de colocarse siempre en el mismo sitio con el fin de obligarles a buscarla allí cada vez.

Pasado algún tiempo, puede dejarse a los halcones en un estado de libertad relativa, por espacio de tres semanas, observando si acuden a tomar el alimento con normal puntualidad. Si así no fuese, deberá el halconero apoderarse cuanto antes de sus discípulos, pues de lo contrario, aprenderían a cazar por su cuenta y no volverían más. Para evitarlo y atraerles con regularidad a un mismo sitio, debe colocarse en el que tengan su habitual comedero, una red en arco con un cebo.

Hecho esto, el procedimiento para enseñar halcones jóvenes y adultos es ya el mismo.

Se les pone una caperuza de cuero o capirote, tapán-

doles cabeza y ojos, de modo que sólo quede el pico libre. Una correa larga, llamada lonja, se ata a dos tiras también de cuero sujetas a las patas y que se dicen «pihuelas». Estas tienen unas anillas y un cascabel. En esta disposición ha de llevárseles, casi todo el día, sobre la mano izquierda, que va protegida por un guantelete. Para familiarizarle con el halconero, éste deberá hablarles y acariciarles de cuando en cuando, con un ala de paloma. A la noche, atados por una de las pihuelas, se les deja en un cuarto cerrado de tal modo que no entre la luz matinal.

Se les da poco alimento en un principio, para enflaquecerles o «abajarles», como se dice técnicamente. El halconero, al dárselo, deberá silbar para despertar, en el instinto del animal, la asociación de este ruido con el acto de comer. Al cabo de algún tiempo se inclinarán para buscar su comida, cuando oigan algo.

Pero hay que lograr que coman sin capirote. Para esto, en una habitación bastante oscura y aprovechando el momento en que tiene un trozo de carne en la boca, se le quitará suavemente el capirote, volviéndosele a poner, también con mucha dulzura, antes de que haya terminado; debe hacerse esto al principio a la luz de una vela. Continuando este ejercicio se logrará que el halcón coma ya a la luz del día.

Veamos ahora cómo se acostumbran los halcones a acudir al señuelo o añagaza, como se llama en cetrería a un simulacro de ave. Los antiguos halconeros le hacían con una herradura forrada de cuero y cubierta totalmente de alas blancas de paloma; el aparato llevaba, pendiente de dos cintas, unos trozos de carne como cebo. Mediante una cuerda de variable longitud, podía ser lanzado y girado en el aire este armadijo, que así también se le llama, para atraer a los halcones sueltos.

Para que el halcón conozca el señuelo, lánzase éste

a cierta distancia, se deja al ave abalanzarse sobre él, y, cuando le ha cogido, se le permite comer un poco del mismo, aunque impidiendo que se ensañe demasiado. Durante el tiempo que duren estas lecciones no deberá tomar más alimento que el que va sujeto al señuelo, y de este modo se acostumbrará a él, le reconocerá, acudirá en el momento que lo vea, por darse perfecta cuenta de que allí está su alimento. Este es el modo de que los halcones adquieran el hábito de volver a su amo, y no a ensañarse con su presa ni a llevársela.

Una vez que las aves de caza acuden bien al señuelo, hay que enseñar sobre todo, y principalmente a los halcones jóvenes cogidos en el nido, a matar su presa. Para esto lo mejor es soltarles un pichón joven, que vuele poco; dejarles que lo cacen, y llamarles con el señuelo; después de repetida varias veces esta operación, podría soltárseles una paloma adulta; pero si ésta, como es lo más probable, no llega a ser capturada, se debe, para evitar el resabio del halcón, soltarle cuando vuelve al señuelo, otro pichón joven de fácil presa, después de lo cual se le da de comer. Al cabo de unas cuantas de estas lecciones, se podrá llevar al halcón a cazar aves salvajes.

He aquí a grandes rasgos la manera de adiestrar a los halcones.

### **Los azores.**

La caza con halcón, llamada antiguamente de altanería o de alto vuelo, era la más sublime, quizá también la más interesante, por los incidentes a que daban lugar los diversos ataques de la rapaz a presas tan magníficas como la garza real, la grulla, el milano, etc.; pero así como los halcones, con sus alas largas y estrechas y sus cuerpos

compactos, son muy a propósito para maniobrar con libertad en terreno descubierto, así también los azores, o sea el azor propiamente dicho, y el gavián, con sus alas cortas y anchas, la esbeltez y flexibilidad de su cuerpo y la longitud de sus colas, que hacen las veces de timones magníficos, están admirablemente dotados para la caza en terreno de bosque y malezas, que es donde viven cuando se hallan en estado salvaje.

Matan su presa de muy diferente manera que los halcones, pues mientras éstos lo hacen en pleno vuelo con uno o varios golpes formidables de su garra medio cerrada, los azores la atacan, pero no la sueltan, sino que la clavan las garras mejor aún en tierra que en el aire; por esta razón son muy a propósito para cazar liebres, conejos y aves que vuelan cerca del suelo, y por esto también han sido denominadas aves de bajo vuelo, en contraposición a los halcones, que se llaman de alto vuelo.

El azor (*accipiter palumbarius* o *astur palumbarius*) es una de las aves más fuertes y vigorosas que se emplean para la caza. Tiene alas cortas, patas largas, torso robusto, y sus dedos, que están provistos de uñas aceradas, poseen una fuerza de contracción extraordinaria.

Mide el azor 58 centímetros de largo y 1,15 a 1,20 de envergadura. La hembra, que es, como en todas las aves de rapiña, mayor, tiene 0,72 y 1,30, respectivamente. Por la espalda, el color es castaño grisáceo con reflejos cenicientos. El vientre, blanco con multitud de rayitas onduladas de un castaño negruzco. Los ojos son de un color amarillo vivo, y en los machos adultos, anaranjado.

Habita esta rapaz los grandes bosques, pero nunca muy lejos de las llanuras descubiertas, y hace su nido en la cima de los árboles más elevados. Es un cazador formidable, así es que liebres, conejos, perdices, palomas, arren-

dajos, zorzales, etc., son objeto de su persecución y sirven para saciar su voracidad.

Como es ave tan cazadora y además no se cansa nunca, es sumamente práctica para cazar con ella, pues son muchas las piezas que puede capturar.

El azor, como hemos dicho, persigue la caza que está cerca de tierra, y una vez que la aprisiona entre sus garras, la aprieta hasta que queda muerta enteramente; por eso se dice que los azores matan por presión, en tanto que los halcones lo hacen por choque.

En el Cáucaso, donde abundan liebres, perdices y faisanes, se usa el azor para cobrar esta caza en cantidad. A este fin se emplean perros de muestra, que la señalan, y cuando se levanta, suéltase el azor para que la capture.

Son mucho más tenaces en la persecución de su presa los azores que los halcones. Tanto es así, que se ha dado el caso de que un azor en estado salvaje haya entrado en la cocina de un caserío persiguiendo a unas gallinas.

Pero sus ataques, rápidos e impetuosos, son generalmente breves. Por esto no muestran el cansancio de los halcones cuando éstos vuelven de un largo vuelo, lleno de dificultades e incidentes. Consiguientemente, se les puede soltar muchas veces sin que den señales de fatiga. Cuenta un libro inglés de cetrería, que un azor, llamado «Gaiety Gal», en una mañana fué soltado a 17 liebres; mató 16, pero se le escapó la última, a pesar de haberla hecho presa con las garras, por el cansancio que experimentaba después de tantos vuelos.

Otro azor, que por el nombre debía ser una hembra, «Red Queen», perteneciente a Sir Henry Boynton, mató 24 conejos en un día.

Pueden ser capturados los azores, bien en el nido o bien adultos. Los azores de las regiones septentrionales emigran hacia el Sur ante la proximidad del invierno. El viejo

Mollen, antiguo halconero del Rey de Holanda, capturaba azores con frecuencia en los meses de noviembre y diciembre en la cabaña, y con las mismas artes que se empleaban para coger halcones en Valkenswaarde cerca de Bois le Duc, en Holanda.

El gavián (*accipiter nisus*) no es sino una reducción del azor. Su plumaje y su estructura son iguales y únicamente se diferencian estas dos aves en su tamaño. Por esta razón, en algunas regiones de España llaman al azor, gavián grande y también gavián real.

Mide el gavián 33 centímetros de largo por 66 de envergadura. La hembra, algo mayor, tiene 8 y 14 centímetros más, respectivamente. Los machos adultos tienen, como los del azor, el plumaje algo más rojizo y los ojos anaranjados en vez de amarillos.

Parecido también en sus costumbres al azor, se encuentra en terreno cubierto de árboles, en cuyas copas anida, a veces a poca altura; jamás en los acantilados ni en los picos, y tampoco en los edificios ruinosos.

El gavián no se alimenta más que de aves, y generalmente pequeñas, es decir, proporcionadas a su tamaño, como las alondras, pajarillos, zorzales, mirlos, etc.; pero en ocasiones ataca a las palomas y otros volátiles, aunque sean mayores que él.

Sumamente valiente y dotado de gran acometividad, su arrancada es muy rápida, y se ha dado el caso de un gavián salvaje que rompió un cristal para atacar a un pajarillo que estaba en una jaula. Se emplea con éxito para cazar perdices, codornices, mirlos, zorzales y otras aves.

Dice el Canciller Don Pero López de Ayala, en su libro *De las aves*, que los mejores gavilanes procedían del Pedroche, en tierras de Córdoba, y del Valle del Ibor, entre Guadalupe y Trujillo, en Extremadura. Refiere que Don Ruy Pérez de Biedma, volviendo de la guerra de los moros, y al

pasar por el Pedroche, mandó coger 20 gavilanes, se los llevó y los soltó en un monte de Galicia, y observó después que habiéndose cruzado con los indígenas, mejoraron las condiciones de éstos.

En Rusia, en los montes Urales, se emplean los gavilanes para la caza de codornices, adiestrándoles antes del verano, que es la época de cazarlas. Se capturan jóvenes durante la primavera y se adiestran para la temporada. Terminada ésta, se les devuelve la libertad, pues resulta más económico dada la facilidad que hay para procurarse gavilanes nuevos todos los años.

Algo análogo ocurrió en una tribu nómada de Valaquia, cerca de Bucarest, en Rumania, que teniendo que pagar un tributo a la Sublime Puerta, consistente en varios miles de codornices, se cazaban éstas con gavilanes capturados con redes en la época de la emigración, soltándolos después de terminada su misión, como en Rusia.

El capitán Salvin, autor de una obra sobre la cetrería en Inglaterra, cita el ejemplo de un gavilán llamado «Tire-fly», que en 1861 cogió 126 pájaros en veintisiete días, y el de una hembra llamada «Teddy», que cazó en 1857, desde el día 23 de agosto al 20 de octubre, es decir, en dos meses, 327 piezas, consistentes en mirlos, gorriones, perdices y otras aves. Para cazar, debe de preferirse la hembra, pues siendo su tamaño mayor, está dotada de más fuerza.

Los procedimientos para enseñar a cazar a los azores y gavilanes son, salvo en algunos pormenores, análogos a los que se emplean con los halcones. Generalmente con los azores se prescinde del capirote y del señuelo. Son más fáciles de amansar que los halcones, y se acostumbran antes que éstos a venir a la mano cuando se les llama.

### **Historia de la cetrería.**

Poco o nada se sabe de la cetrería en tiempos remotos, pero parece seguro que se originaría de Oriente y que, por tanto, los japoneses, chinos, indios y persas la practicaban varios siglos antes de nuestra era. También los asirios debieron de conocer este noble arte, pues según nos dice Mr. Layard en un trabajo suyo sobre las ciudades de Nínive y Babilonia, cuando visitó las ruinas de Khorsabad se encontró un bajorrelieve representando un halconero con un ave de caza sobre el puño. Puede ser que tan antiguo como esta escultura sea un sello originario de Siria, que figura en la colección de Mr. Barker y que representa un perro y un halcón persiguiendo una liebre. Aristóteles y Marcial no dan noticias muy concretas sobre este género de caza, a pesar de que el médico griego Ctesias, contemporáneo de Jenofonte, habla de algunos pueblos de la India que cazaban gacelas, zorros y liebres utilizando para ello aves rapaces, y Plinio nos escribe que en una determinada parte de la Tracia, los hombres y los halcones cazaban juntos, los primeros batiendo los bosques y los segundos abalanzándose sobre la caza que huía espantada; pero el hecho de que no se hable nada de la manera de encontrar estas aves de caza, parece demostrarnos que el arte de la cetrería era desconocido de los romanos, por lo menos hasta los últimos días del Imperio, y solamente bastante después de la caída de éste alcanzó en Europa todo su esplendor, por más que parece probable estuviera en uso entre los bárbaros del Norte antes de la invasión. En el año 480 de nuestra era debía de estar muy poco extendida en Roma, pues según Sidonius Apollinaris Ecdicius, hijo del Emperador Avito, fué el primero que la puso en práctica. A partir de esta época fué tomando incremento

hasta el punto que en el Concilio de Agda, año 506, se prohibía a los eclesiásticos que tuvieran perros de caza y halcones, y los Concilios de Epaon y de Macon, en 517 y 585, respectivamente, renovaron, pero sin éxito, esta prohibición.

En la Edad Media, durante el feudalismo, la nobleza sintió por la cetrería una verdadera pasión. Entonces fué cuando se dictaron reglas para ponerlas en práctica, reservándose los magnates las aves de caza más apreciadas, como gerifaltes, halcones blancos, sacres, etc., y quedando las aves de bajo vuelo, o sea los azores y gavilanes, para los plebeyos, mientras que los siervos no podían usar ni unos ni otros.

En el año 800 el Emperador Carlomagno castigó con multas a aquellos que robaban o mataban aves adiestradas para la caza. Gran importancia tomó la cetrería en tiempos de las Cruzadas, pues los que de ella regresaban traían halconeros y halcones de Oriente, donde, como hemos dicho, se ha practicado desde tiempos más remotos este género de caza.

Se encuentran representaciones de asuntos de cetrería en los tapices más antiguos, como, por ejemplo: uno que fué bordado por Matilde de Flandes, esposa de Guillermo *el Conquistador*, que representa al Rey Harold, último de la dinastía sajona en Inglaterra, acercándose al Duque de Normandía con un halcón en el puño.

En el sitio de Accon, el Rey de Francia, Felipe Augusto, ofreció en vano a los turcos mil piezas de oro por un soberbio gerifalte que se le había escapado. Demetrio, que se cree que fué médico del Emperador Miguel Paleólogo, de Oriente, escribió un tratado de cetrería en el que hablaba, entre otras cosas, de la afición que mostraban las damas por este noble ejercicio.

Durante la Edad Media fué grande la afición que en

España hubo por la cetrería. Los hijos de Fernando III *el Santo*, Don Alfonso, que le sucedió en la corona; Don Enrique y Don Manuel, fueron grandes halconeros.

El Príncipe Don Juan Manuel, sobrino de Alfonso X *el Sabio*, escribió un notable tratado de cetrería llamado «El libro de la caza», en el cual según nos dice Don José Gutiérrez de la Vega, se ve al escritor castizo, se lee al narrador florido y se refleja el venador entusiasta, que parece inspirarse en la sublime majestad del monte, en el delicado perfume de las flores y en el dulcísimo canto de los pájaros.

Durante toda esta época fueron tenidos en tanta estima los halcones, que ocasiones hubo en que, para asegurarse su mantenimiento y evitarles males, dedicáronse a ello buen número de nobles o prácticos en el arte de volatería, y no fué de los menos nombrados aquel paje de lanza del Rey Don Pedro, en 1353, Pero López de Ayala, que impuso en el difícil arte de apresamiento de aves lo mismo al Infante de Aragón que al de Trastámara. Su famosa obra, titulada «Libro de las aves de caza e de sus plumajes, e dolencias, e malecinamientos», fué en mucha parte recogida en otro importante cuerpo de consulta redactado por el cazador Johan de San Fahagund, experto que a sus órdenes tenía el Rey Don Juan II de Castilla, a quien se juzga también como gran perito y hábil amaestrador de aves.

Esta obra, que presentó Johan de San Fahagund al Rey Enrique IV, hijo y sucesor de aquel Monarca, está dividida en tres libros o tratados. Posterior a la de Ayala, y escrita quizá con mayor claridad y orden, consigna el autor en ella no sólo las lecciones y avisos de su experiencia en la materia, sino también las reglas y preceptos que, según su propia expresión, «yacian escritos en otros libros».

Si asuntos de mayor importancia y trascendencia para

la humanidad fueron, quizá por eso mismo, materia en que se ejercitase el humorismo de los ingenios satíricos, no hemos de extrañar que esto acontezca también con la cetrería. La cultivaron talentos de primera calidad y personajes que ocuparon las más altas jerarquías; pero no faltó el comentario o la parodia humorista de otros curiosos ingenios. Entre éstos podemos citar en nuestro país al que figura con el nombre de Evangelista, el cual, en el siglo xv, compuso una obrita burlesca que ha publicado por dos veces, la segunda de ellas en la colección titulada «Sales españolas o agudezas del ingenio nacional», el eximio erudito español Don Antonio Paz y Mélia. En esta obrita hace su autor, a veces con innegable gracia, objeto de sus chanzas y agudísimos donaires, el tema de la cetrería, que tan en serio y con tanta minuciosidad han estudiado, como se ha dicho, otros tratadistas. Al decir de Paz y Mélia, esta obra del Evangelista viene a ser para los tratados de cetrería «si licet in parvis», lo que el *Quijote* para los libros de caballería.

Cuando Eduardo III de Inglaterra invadió a Francia en 1359, llevaba consigo treinta halconeros a caballo y ciento veinte parejas de perros. En todo cortejo feudal, en toda embajada, por modesta que fuera, pájaros y perros tenían su puesto como accesorio obligado.

Este mismo Rey de Inglaterra castigaba con la pena de muerte a todo el que robaba un halcón, y a un año y un día de reclusión al que saqueaba un nido.

Lo mismo los regalos que los soberanos ofrecían a sus aliados que los tributos que se imponían a los vencidos, consistían la mayor parte de las veces en perros de caza y aves amaestradas. Así vemos que cuando, en 1396, el Sultán Bayaceto II hizo prisionero, en la batalla de Nicópolis, al Duque de Nevers y otros caballeros, rehusó todos los precios de rescate que se le propusieron, y únicamente

cuando el Duque de Borgoña le ofreció 12 halcones blancos, fué cuando los dejó en libertad.

Durante toda la Edad Media y el Renacimiento, la cetrería tuvo una importancia extraordinaria. Muchos caballeros y damas, al presentarse en público, llevaban un halcón en el puño, y muchos obispos y abades, a pesar de las leyes prohibitivas promulgadas por los Concilios, hacían lo mismo. Todos entraban en las iglesias con las aves, que colocaban sobre los escalones del altar. Los eclesiásticos, atribuyéndose el sitio de honor, lo hacían del lado del Evangelio, y los seglares del de la Epístola. En las ceremonias públicas, los nobles llevaban un halcón sobre el puño, lo mismo que una espada al costado izquierdo. Los Prelados también distraían sus ocios con la práctica de la cetrería y cobraban tributos en aves de caza; así, por ejemplo, el propietario de la tierra de Maintenon, debía de entregar anualmente al Obispo de Chartres un gavilán adiestrado para la caza. El Gran Maestre de la Orden de San Juan de Jerusalén o de Malta enviaba todos los años doce aves de caza al Rey de Francia, y el Rey de Dinamarca, así como también el Duque de Curlandia, le remitían anualmente varios gerifaltes. Los emperadores y príncipes alemanes imponían a los conventos la obligación de alimentar aves de caza. Más tarde, durante el reinado del Landgrave Felipe de Hesse, los propietarios de palomares debían de dar un pichón de cada diez para alimentar los halcones de este Príncipe.

Innumerables datos podrían citarse para confirmar el interés que las aves de rapiña destinadas a la cetrería merecieron en tiempos pasados a los muchos aficionados a este género de caza. Como nota interesante, tomo la siguiente de la introducción a la serie 1.<sup>a</sup> de la obra antes citada de Paz y Méliá, «Sales españolas o agudezas del ingenio español». Dice así: «Los mercaderes que en el siglo xv

traían halcones de Noruega o de Alemania, vendían en Colonia y en París el neblí pollo altanero en 40 francos de oro, en 60 el garcero y en mayor cantidad el que había pasado ya el peligro de la muda. Por un gerifalte que presentó un villano al Conde de Feria, dió éste 100 escudos, y hasta 500 valió el neblí de Flandes, del Conde de Orgaz, que compró en su almoneda el Duque de Medinaceli. Los Reyes, como los Señores, gastaban fuertes sumas para el sostenimiento de halcones y cazadores, llegando en 1616 a 40.000 ducados lo que anualmente se pagaba en Palacio para más de 140 hombres, entre monteros y halconeros, y para otros cien criados, correos, músicos, etc.»

El Rey de Francia, Francisco I, fué asimismo sumamente aficionado a la cetrería y gastaba mucho dinero en aves de caza. Su halconero en jefe tenía de sueldo anualmente la suma, enorme para aquella época, de 4.000 libras, y además los caballeros que estaban bajo sus órdenes recibían 500 ó 600 libras cada uno; 200 libras ganaba cada uno de los 300 halconeros del Rey. El número de sus halcones era de 300.

El Emperador Carlos V cedió la isla de Malta a los caballeros expulsados de Rodas, con tal de que anualmente, y como muestra de agradecimiento, le mandaran un halcón blanco. No quiere esto decir que el Emperador tuviese verdadera afición a la cetrería. Aunque la poseía muy buena, y el tributo que acaba de citarse es una muestra de los escogidos ejemplares que debieron enriquecerla, parece, si hemos de creer a Alonso de Santa Cruz, cosmógrafo mayor del Emperador, dirigíanse las aficiones de éste principalmente, no a la cetrería, sino a la caza mayor, por la que tuvo gran entusiasmo. Así lo manifiesta el referido escritor en la crónica del Emperador Carlos V, publicada por acuerdo de la Academia de la Historia.

El Mariscal Montmorency, enviado por Enrique II en

embajada extraordinaria a Inglaterra para ratificar el tratado relativo a la restitución de Boulogne, hizo su entrada en Londres rodeado de 26 caballeros llevando el halcón sobre el puño.

Como se ve, todos los Reyes, Emperadores y otros soberanos de Europa, en la Edad Media, en el Renacimiento y en la Edad Moderna, hasta el final del siglo XVIII, fueron muy aficionados a la caza con aves de presa. Los Emperadores germánicos Federico Barbarroja, que adiestraba él mismo sus halcones; Federico II, considerado como el más hábil halconero de su época, y los Reyes de Francia, desde San Luis hasta Luis XIII inclusive, sintieron gran afición a la cetrería; pero este último Rey, sin duda alguna, fué el más apasionado por este noble arte. Gracias a este Soberano y a Albert de Luynes, alcanzó la cetrería en su reinado el mayor grado de apogeo. Tal fué la habilidad de Luynes para adiestrar aves de caza, que llegó a enseñar a los alcaudones, que no son de rapiña, sino una transición entre éstas y las córvidas, logrando que cazara con aquéllos Luis XIII gorriones y otros pajarillos en los jardines del Louvre.

Aunque después del reinado de este Monarca parece iniciarse en la cetrería una pequeña decadencia, hay que reconocer, sin embargo de ello, que al final del siglo XVIII estaba todavía muy en auge, puesto que en 1787, en vísperas, por decirlo así, de la Revolución francesa, más de 80 caballeros y halconeros estaban empleados en la halconería real.

La revolución evidentemente dió un rudo golpe a la cetrería. La dispersión de los halconeros, arrastrados por la tormenta revolucionaria con las instituciones que representaban, y el odio que inspiró durante muchos años todo aquello que directa o indirectamente podía recordar el antiguo régimen, fueron, sin duda alguna, las principales causas a las que puede atribuirse su caída en Francia.

Según dice muy bien Schlegel, la invención del plomo menudo, que dió grandes facilidades para la caza; la ruina de los privilegios señoriales y, como consecuencia de ello, la repartición de la propiedad; el cambio absoluto de estado de cosas antiguo y un período turbulento por el que atravesó Europa durante más de veinte años, fueron razones más que suficientes para hacer olvidar un ejercicio que recordaba demasiado las suntuosidades y el lujo de tiempos pasados, para no incurrir en la pública desaprobación.

En el año 1838 el Barón de Offemont hizo una tentativa para restablecer el prestigio de la cetrería, para lo cual mandó venir uno de los mejores halconeros del Club Biddlington para cazar grajos en los alrededores de Compiègne, Este mismo año se reunió con el Honorable Wortley Stuart. el Duque de Leeds y Mr. Newcome, célebre aficionado, y fundaron en Loo, en Holanda, un Club de cetrería. El Rey Guillermo III dió grandes facilidades a los que componían esta nueva sociedad, facilitando alojamientos para hombres y aves; así es que en 1840, estando presidido el Club por el Barón Tyndal, se montó en un pie de mucho lujo: tenían de 20 a 40 halcones y se dedicaban principalmente a la caza de garzas reales, de las cuales capturaban de 150 a 200 anualmente. Los aficionados mejores de Francia e Inglaterra se reunían en Loo para estas cacerías, y la Familia Real asistía también con frecuencia a ellas. Este Club fué disuelto el año 1852.

En 1865, durante el segundo Imperio, Mr. Pierre Amédée Pichot, hizo grandes esfuerzos por volver a restablecer el antiguo esplendor de la cetrería, y habiendo tomado a su servicio un célebre halconero inglés llamado John Harr, fundó con otros aficionados, entre los que estaba el Conde de Montebello, el Barón de Antilly, Georges de Grandmaison, etc., el Club de cetrería de la Champagne. Los

halcones, admirablemente adiestrados, cazaban en las llanuras del campo de Châlons durante varias temporadas, cuervos, urracas y avutardas; pero estas interesantes reuniones deportivas terminaron al estallar la guerra franco-prusiana, y el Club de cetrería de la Champagne tuvo que disolverse.

Ya, por decirlo así, en nuestros días, uno de los halconeros más hábiles, y que de haber vivido en tiempo de Luis XIII hubiese rivalizado con de Luynes, es Mr. Paul Gervais, pues no solamente adiestraba las aves para toda clase de caza, sino que capturaba admirablemente los halcones de paso en otoño con el sistema de la choza holandesa, modificado por él.

También los señores Barrachin fueron grandes aficionados, además del Conde de Eprêmesnil, que tuvo un equipo de halcones dirigido por un tal Mollen, hermano del que fué halconero del Rey de Holanda.

En España, después de pasada la Revolución francesa no sé que haya renacido la cetrería.

Como se ve, la Revolución francesa marcó claramente la caída de la cetrería. En la Corte de Holanda se conservó hasta más de mediado el siglo XIX. Después de esto, se mantuvo en gran parte gracias a una media docena de clubs de cetrería, entre los que se encuentran el High'Ash y otro Club, el Falconer's Club, en Inglaterra, y el Loo Club, en Holanda. Se conserva aún por aficionados ingleses en varios condados de Inglaterra, donde en 1914, al estallar la gran guerra, había seguramente de 30 a 40 equipos particulares de halcones; y una cosa parecida ocurre en Francia, donde aun tiene algunos adeptos este género de caza. Evidentemente, la guerra europea le dió un golpe a la cetrería como a todo lo demás; pero eso no quita la tendencia que hay a resucitarla o, por lo menos, a impedir que desaparezca, en varios círculos deportivos extranjeros.

Fuera de Europa, se practica todavía en el Norte de Africa, principalmente entre los beduinos, y en el centro de Asia, país de origen de este ejercicio. Los pueblos que allí aun cazan con aves de rapiña son los persas, chinos, baschkiros, kirghises e indios.

Todavía, en periódicos deportivos extranjeros de estos últimos años, han aparecido fotografías reproduciendo del natural en nuestros tiempos, las actitudes clásicas de los halconeros preparando las aves y escenas diversas de la caza de cetrería; restos escasos que demuestran la supervivencia, en cosas ya raras y excepcionales, de un ejercicio que tan en boga estuvo durante los pasados siglos.

Y con esto termino, temeroso de haberos fatigado con exceso. Yo no lo estaré jamás de mostraros el profundo agradecimiento que os debo por todas vuestras señaladas bondades. Escasa muestra de él y de mi buena voluntad al comenzar a compartir vuestras nobles tareas, sea este discurso, en el que, acudiendo a los temas que me atrevo a considerar menos alejados de mis conocimientos y experiencia, he pretendido estudiar las condiciones, aptitudes y amaestramiento de una especie de aves de rapiña a través de sus interesantísimas aplicaciones en el difícil y complicado arte de la cetrería; rindiendo, al propio tiempo, un homenaje y un recuerdo a este arte de tan noble abolengo, muerto hace ya mucho tiempo en nuestro país.

---

# DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. JOSÉ RODRÍGUEZ CARRACIDO

## SEÑORES ACADÉMICOS:

Las Academias, por el puesto elevado que ocupan entre las instituciones nacionales de cultura y por el régimen autónomo que ordena los actos de su vida, en la hora de sustituir a los compañeros desaparecidos eligen a las personas que por sus méritos relevantes conceptúan más eficaces para el desempeño de la misión que les está encomendada, sin sujetarse a los encasillados de las carreras oficiales ni a las pautas de los escalafones. A nuestra Academia, para llamar a su seno, y con voz unánime, al Excelentísimo Sr. D. Luis Jesús Fernández de Córdoba y Salabert, Duque de Medinaceli, le ha bastado conocer los cuatro volúmenes en los cuales el apasionado por el deporte de la caza se muestra cada vez más inducido a componer obras de verdadero naturalista, y visitar el Museo zoológico que revela a su organizador, no como quien se recrea frívolamente en la instalación de los ejemplares retocados por la taxidermia, sino como un espíritu científico que, atento a las normas taxonómicas, pone en conexión las formas de la vida aparentemente inconexas.

Dos son los caminos seguidos para la formación de los naturalistas. Uno, el del orden progresivo en la adquisición de los conocimientos conforme a los planes didácticos en los que paso a paso se va ascendiendo de los porme-

nores a su asociación en conjuntos cada vez más comprensivos, hasta llegar al concepto sintético de la Naturaleza; otro, el que desde los primeros instantes, al resplandor de fuertes impresiones, muestra al espíritu panoramas fastuosos que incitan a quien apasionadamente los contempla al estudio parcelario, empujándole la curiosidad hasta internarse en el examen de las que antes hubiera creído minucias despreciables. Jornadas gloriosísimas para la Ciencia española realizaron en este segundo camino poco después del descubrimiento del Nuevo Mundo los magnos tratadistas de las cosas naturales de las Indias, Gonzalo Fernández de Oviedo, el P. José de Acosta, el P. Bernabé Cobo y otros que, deslumbrados por las maravillas de las tierras que aventuradamente exploraban, sintieron el acicate que convirtió a los espectadores emotivos en espíritus estudiosos y autores de libros cuyo elogio viene repitiéndose al través de los siglos.

El Sr. Duque de Medinaceli, tan castizo por su ilustre abolengo, lo es en grado igual por su formación científica, iniciándola, no muellemente con la guía de un maestro en su morada confortable, sino con las asperezas y los riesgos de una excursión venatoria en el año 1908 al Africa Oriental Inglesa, recorriendo territorios que cruza el Ecuador, y continuándola con otra en condiciones enteramente opuestas en el año 1910, y repetida en el 1921 entre los hielos de las latitudes árticas, remontando los límites de la Tierra de Francisco José, la tierra más septentrional del mundo, descrita por nuestro intrépido viajero como «una costa casi totalmente cubierta de neveros que dejan de cuando en cuando descubiertos unos peñascos de basalto», en la cual no cesa de nevar con viento muy fuerte y frío aun en el mes de agosto. El que anhelaba emocionantes impresiones en nuevos escenarios de la Naturaleza, vió satisfecho su deseo en los parajes equinocciales, que sus-

tentan una pintoresca fauna ornitológica y la terrible de leones, chacales, elefantes e hipopótamos, y más que satisfecho, colmado con angustiosas sorpresas, en las regiones polares, donde a la perenne luz del solsticio vernal que alumbra aquellos yermos de desolación, navegó en seguimiento del oso blanco, de los grandes cetáceos y de las aves marinas representantes de la supervivencia de formas gigantescas de la organización, algunas terriblemente agresivas en la quietud de aquella Naturaleza casi muerta. En sendos volúmenes dados a luz en el año 1919 están descritas con la puntualidad de la relación diaria, las dos grandiosas excursiones cinegéticas a las dos diferentes latitudes geográficas, y si el interés narrativo, aun conservando la sencillez que no desfigura la realidad con artificios retóricos, muestra las aptitudes literarias del autor, las observaciones consignadas anuncian la formación del zoólogo. El anuncio no tardó en verse confirmado, dando a la estampa otros dos libros, cuyos títulos son: el de uno, *Aves de rapiña y su caza*, y el del otro, *Ballenas, focas y similares*.

Atestigua que el espíritu científico guía al tratadista en sus nuevas obras, no ser presentadas las especies a granel, ni relacionadas por su interés en el arte de la caza, sino descritas siguiendo el orden del plan taxonómico dictado por el método natural, transformación patente y consciente del narrador de expediciones en discernidor de analogías y diferencias orgánicas, como se ve, entre otros casos, al examinar la división de las aves de rapiña diurnas en dos grandes familias, las Vulturidas y las Falcónidas, diciendo con criterio propio: «Algunos autores añaden la familia Gypaetidas, representada por una sola especie, el quebrantahuesos o gypaeto (*Gypaetus barbatus*), pero realmente, para mayor claridad, puede muy bien considerarse como una transición entre las dos familias antes citadas, pues participa de los caracteres de ambas, aunque

con costumbres más parecidas a las vultúridas, por lo cual dentro de esta familia la estudiaremos.»

Pero si en la sucesión de las publicaciones se van manifestando en grados crecientes las exigencias científicas del expositor de materias zoológicas, no por esto disminuye el interés narrativo de las costumbres de las especies descritas, desvaneciendo en todos sus pasajes los temores expresados con modestia excesiva por el autor en las siguientes palabras: «Si consigo que lean este trabajo y que no lo tiren al fuego demasiado pronto, habré logrado el fin que me proponía.»

¡Cuán interesante es el relato de la voz del cárabo resonando triste y lúgubre en los bosques, y trayendo a la memoria aquel cuadro nocturno de la elegía a la muerte de la Duquesa de Frías, cuyo pavor realza el poeta:

cuando el cárabo obscuro  
ayes despide entre la breña inculta!

¡Cuán curioso e instructivo como ejemplo de la vida social es el odio de las aves diurnas al buho, aversión que se manifiesta cuando tiene la desgracia de ser visto en su escondrijo, aunque sea por un pajarillo insignificante, que inmediatamente da la voz de alarma, congregando para el ataque a las aves de la cercanía!

Los libros del Sr. Duque de Medinaceli son obra de naturalista veraz, copiosos en observaciones auténticas, y de narrador atrayente que sostiene el interés de la lectura con la amenidad de un literato experto en la presentación de episodios de las vidas de seres irracionales, como pudiera hacerlo un hábil costumbrista describiendo vidas humanas. Y como complemento de su valor, los cuatro volúmenes son muestras de riqueza tipográfica y colección de valiosísimas ilustraciones policromas, revelando en lo intelec-

tual y en lo material el amor con que tales obras han sido concebidas y editadas.

La producción científico-literaria del tratadista de los grupos zoológicos, que en describirlos ha ejercitado su pluma, es ejecutoria suficiente para el ingreso en nuestra Corporación por méritos de su labor personal; pero a éstos hay que añadir los de singular importancia de quien por su nobilísimo linaje es una de las figuras preeminentes de la Aristocracia española. No puede ser hoy la Ciencia obra de individuos solitarios, como la de los antiguos alquimistas reclusos en la oscuridad de su mansión, y no sólo necesita que se asocien los esfuerzos de los cultivadores del mismo campo, sino que reclama, además, el beneficioso influjo de los estímulos sociales, como la sementera las condiciones propicias de la atmósfera para la abundancia de la cosecha.

Permitidme la repetición de las siguientes palabras que pronuncié hace casi una veintena de años: «Si España desea seriamente su regeneración y ésta sólo puede obtenerla por el desarrollo progresivo de su mentalidad, ¿quién dudará que las labores científicas, antes relegadas a los medios plebeyos y sólo en ellos estimadas, deben ser atendidas por todas las fuerzas sociales, saliendo de las casas blasonadas y de los alcázares los alentadores estímulos de su munificencia?» El Sr. Duque de Medinaceli, amante de los estudios científicos, tiene, por su elevada jerarquía aristocrática, nuestros sufragios y nuestros poderes para concertar tratados de inteligencia entre gentes que sólo por mutuo desconocimiento viven apartadas sin percatarse de los daños de su irreflexiva conducta. Ni el sabio debe abominar de los salones donde no sólo se muestran la elegancia de las maneras y la nobleza de los títulos, sino también finezas espirituales y nobleza de sentimientos fáciles a la realización de buenas obras, obtenida la convicción de su bondad, ni el hombre de mundo debe desdeñar al que vive

absorto en sus lucubraciones mentales, porque la generosa dedicación al estudio supone la grandeza de alma inspiradora de empresas altruistas. Esforcémonos todos, cada uno desde su campo, en la unión amistosa de las gentes de buena voluntad.

El Sr. Duque de Medinaceli es diez veces Grande de España, y entre sus muchos títulos nobiliarios posee el de Gran Senescal de los Reinos de la Corona de Aragón, y yo deseo y le pido que espiritualmente ejerza la Senescalía en todos los Reinos de la Corona de España, guiando a la nobleza en la lucha que es indispensable sostener para el mejoramiento de nuestra vida científica contra el desvío originado por infundadas preocupaciones. Nadie como nuestro egregio compañero puede acometer la empresa de la atracción espiritual de la alta sociedad para que vivifique con su afecto la desatendida labor de nuestros investigadores, y poniendo el mismo ahinco con que busca especies raras y preciosas en las diferentes latitudes geográficas, encontrará Mecenas para la Ciencia española en las beneficiosas latitudes sociales donde las riquezas y la generosidad tienen su asiento.

\* \* \*

Con lo dicho podía dar por terminado mi cometido, hecha la presentación del nuevo compañero y expuestos sus méritos para conocimiento del público y ratificación en este acto solemne del acierto de la Academia; pero aunque yo no haya de incurrir en la redundancia de parafrasear el discurso, que por su precisión y claridad no ha menester de paráfrasis ni de comentarios, sólo por el gusto de rendirle el debido homenaje presentaré algunas breves consideraciones sugeridas por el tema en cuyo desarrollo se juntan artísticamente datos novísimos tomados de la

Naturaleza por la propia observación del disertante y el cuadro histórico de los esplendorosos tiempos de la cetrería, vista en los nuestros como caso bellissimo de arqueología cinegética con el realce de los encantos de la literatura medieval que le dedicaron nobles tratadistas.

Recuerdo haber visto en una playa portuguesa un templo de estilo manuelino cuyo pórtico tiene por ornamentación trezados de las algas que el mar arroja sobre la arena, y al contemplarlo pensaba yo en un temperamento de naturalista que no podía satisfacer su pasión coleccionando y describiendo las raras formas de la vida vegetal acuática como lo hubiese hecho un botánico moderno, y en la imposibilidad buscaba la compensación reproduciéndolas artísticamente en la obra arquitectónica. Escenas de la cetrería fueron asunto de muchas obras de arte y en especial de antiguos riquísimos tapices, y quizá algunos conservados como paramento en la mansión señorial de los Duques de Medinaceli, con sus halcones, gerifaltes, sacres y azores, impresionaron en los años de la infancia a su actual sucesor, despertando por el estímulo de la fantasía las nativas aptitudes del competentísimo ornitólogo que hoy toma asiento en nuestra Academia, transportándolo de la contemplación de las imágenes del Arte al estudio de los seres de la Naturaleza por un proceso psíquico análogo, aunque seguido en orden inverso, al del arquitecto que transformó las algas vivientes en obra decorativa, porque en la vida mental también se dan casos de verdadera simbiosis de la Ciencia y del Arte.

Nos dice el recipiendario que forma parte del objeto de la cetrería el amaestramiento de las aves de rapiña destinadas a la caza, y para llegar a este fin, como acontece en todos los problemas de selección artificial, consciente o inconscientemente, ¡qué caudal tan grande de observaciones fisiológicas y anatómicas atesora el adiestrador! Si de

la Alquimia salió la Química, y de las cábalas de los jugadores el Cálculo de las probabilidades, seguramente el examen supersticioso del vuelo de las aves inspiró la creencia de utilizarlas como señuelo en la caza, llegando más tarde al empleo de las rapaces, es decir, a la cetrería, no sólo por su fiereza en el ataque, sino, además, según se dice en el discurso que acaba de ser leído, «por su vuelo resistente y vigoroso, que les permite recorrer grandes distancias en busca de la presa, y alcanzar gran velocidad en un momento dado para apoderarse de ella». Pero si del empleo de las aves como señuelo se pasó a todas sus aplicaciones a la cinegética, éstas sugirieron la creencia en la posibilidad de la aeronáutica, al ver cómo rigen los movimientos de su cuerpo en el seno de la atmósfera, transportando con seguro dominio entre sus garras los de los animales aprehendidos. Aquel genial espíritu del Renacimiento, Leonardo de Vinci, tan eminente como pintor y tan famoso por la exuberancia de su inventiva, planteó con rigor científico el problema del vuelo artificial, señalando la necesidad para resolverlo, de estudiar, primero, la naturaleza de la resistencia del aire; segundo, la anatomía de las aves y de sus plumas; tercero, el trabajo de éstas en los diversos movimientos, y cuarto, la robustez del ala y de la cola. Y después de este antecedente y de otros que pudieran aducirse, a nadie extrañará la afirmación de que el arte de la cetrería reveló datos preparatorios del concepto audaz del aeroplano, por donde se ve cómo las aparentes frivolidades de los deportes pueden ser incentivos para los más trascendentales inventos.

No se diga que estos escudriñamientos de las genealogías de las ideas sólo deben estimarse como fantásticas sutilezas para rebuscar una utilidad que no existe; todo lo que sea observación de la realidad será siempre germen del saber, y en la escala del humano progreso, los datos al

parecer insignificantes del conocimiento vulgar irán ascendiendo a la noble jerarquía de conocimiento científico, como los hechos de la observación empírica se van depurando en su paso al través de la inteligencia humana, hasta alcanzar la naturaleza ideal de los conceptos generales. Al disertar en esta Academia el Sr. Duque de Medinaceli sobre «Las aves de rapiña en la cetrería», nos ha traído una valiosa aportación de naturalista, y no la del que todo lo aprendió en los libros y en los museos, sino la del que se enfrentó con la realidad, vislumbrando aquella trascendental importancia científica de sus estudios, tan bien expresada por el P. Acosta en las siguientes sentenciosas palabras: «Por bajo que sea el sujeto, el hombre sabio saca para sí sabiduría, y de los más viles y pequeños animalejos se puede tirar muy alta consideración y muy provechosa Filosofía.»

Por su amor bien probado a las ciencias naturales, por la importancia positiva de sus publicaciones en nuestra literatura científica y por su calidad de prócer en la vida social española, me complazco en dar al nuevo compañero y a la Corporación los más fervorosos parabienes por la llegada a este hogar de quien con su acendrado celo patriótico ha de ayudarnos eficazmente en la tarea de fomentar el cultivo de las Ciencias en nuestra amada España.